



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18084

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

JUEVES 18 DE MAYO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

Un peligro

Con este título ha aparecido en la revista «El Sanatorio» un artículo firmado por nuestro amigo el reputado médico D. Antonio Oliver.

Sobre dicho trabajo llamamos la atención del municipio y de cuantas entidades vienen obligadas a velar por la salud del vecindario, pues el peligro que sirve de tema al afamado profesor de medicina, es de los que se combaten con la higiene.

Si no fuese tan largo el artículo lo trasladaríamos a nuestras columnas; mas en la imposibilidad de hacerlo, diremos, aunque sea a la ligera, en lo que consiste ese peligro.

Lo engendra la costumbre de suspender periódicamente el servicio de aguas y lo hacen mayor las condiciones deplorabilísimas del subsuelo de nuestra ciudad. Sabido es que por insuficiencia de líquido para consumirlo en las cantidades necesarias, las compañías aguadoras limitan el servicio durante el verano suspendiéndolo diariamente durante algunas horas; resultando por esto, que la presión en las tuberías no es normal, sufriendo alteraciones y anulándose a veces. Sabido es también que dichas tuberías no están exentas de fugas, filtrándose el agua hacia el exterior cuando la presión es grande, anulándose cuando es débil ó invirtiéndose si queda la tubería en seco; pudiendo pasar entonces al tubo sustancias que pueden constituir focos de epidemias, como se ha demostrado en otras poblaciones donde se han hecho las observaciones necesarias para venir a establecer la conclusión que ha servido al señor Oliver para escribir su artículo.

El asunto merece que se le pres-

te especial atención. ¿Quién sabe si las fiebres tifoideas o el tífus que en ciertas ocasiones aparece afectando a los vecinos de determinada calle o barrio no tienen otra causa que esas filtraciones de sustancias extrañas en las tuberías particulares de la calle o del barrio donde se dan los casos de aquellas dolencias, filtraciones que no las habría si la presión fuese constante merced a un servicio regular y constante de las aguas.

Por desgracia el remedio no puede buscarse de momento. No hay caudal de aguas suficiente para mantener la presión; pero habla que buscarlo, porque ya no se trata de tener agua de sobra por comodidad, sino que por no tenerla y por las causas expresadas se corre el peligro de perder la vida.

El señor alcalde, la comisión municipal de aguas, la de ensanche y saneamiento, la dirección de los servicios sanitarios y cuantas entidades tienen a su cargo velar por la salud de los vecinos, harán perfectamente enterándose del artículo del señor Oliver, para proceder desde luego a la eliminación del peligro que dicho profesor señala y que ha sido evidentemente demostrado en otras poblaciones que, como la nuestra, han estado sometidas a un régimen de aguas tan defectuoso como el de Cartagena.

TIJERETAZOS

Leemos:

«En el Congreso recordaban ayer algunos señores que, gracias al Sr. Salmerón, cayó de la presidencia el Sr. Villaverde y fué poder el Sr. Maura hace año y medio.»

Y opinando que las cosas van poniéndose como en Diciembre de 1903, auguraban que, al abrirse las Cortes, los republicanos harán caer nuevamente á Villaverde.»

¿Conque gracias al jefe de la Unión republicana?

Pues debía estarle el Sr. Maura la mar de agradecido.

Y en cuanto á esos señores que gracias al Sr. Salmerón alientan esperanzas de volver a escalar las alturas, deberían respetarle más.

Pero ya se verá en lo que queda la gracia de D. Nicolás para desfilarse ministerios, cuando le empleen en echar abajo el preferido por los que hoy le contemplan casi enternecidos tronar contra el que preside Villaverde.

Dice un colega:

«Ayer, día de S. Isidro bendito, padecimos en Madrid romería, toros, carreras, juergas y papalinas.»

Después de todo, ¿qué? ¿Constituye eso motivo de queja?

En otras poblaciones españolas se padece hambre.

Y en lugar de espectáculos taurinos, romerías, carreras, juergas y papalinas presenciaban escenas de asaltos de tahonas.

Establezca el compañero el contraste y vea si hay comparación posible entre padecer toros y juergas ó padecer hambre y crisis de trabajo.

Dicen de Madrid que en aquel ayuntamiento hay regumbio con motivo de la invitación del ayuntamiento de París para las fiestas que se han de celebrar en la capital francesa con motivo de la visita del Rey de España.

El motivo estriba en haberse procedido á un sorteo para designar una comisión, cuyos miembros se pagarán todos sus gastos.

Pues hay un remedio para que nadie quede disgustado:

Que vayan todos con igual condición.

Así como así, cualquier población española puede prescindir del municipio una semana ó dos sin que se haga sensible la falta.

Y algunas vivirán sin él toda su vida, la mar de bien.

DESDE MADRID

SUMARIO.—Primavera y Quijote.—Honor á Cervantes.—Inconsecuencias de la humanidad.—Una opinión.—Hasta otra.

Muy señor mío: El buen humor legendario en los madrileños debe hallarse cumplidamente satisfecho.

Estamos en plena primavera y en pleno centenario: dos motivos que nos ofrecen extensa margen para nuestro jolgorio y alguna que otra juerga más ó menos Quijotil y literaria.

Bajo un sol de fiesta y entre un ambiente de perfumes primaverales, los madrileños no cejan en su empeño hidalgo en rendir un homenaje de adoración y respeto al peregrino de todos los caminos, aislado en cárceles, héroe en Lepanto, hambriento en los demás días y génio y poeta en todas las horas de su existencia y en todos los lugares donde cobijó sus ensueños cristalinios, su altivez noble y sus tristezas honradas.

Veladas en el Ateneo, batallas de flores en el Retiro, carruajes engalanados en la Castellana, conciertos en la Plaza de toros, peregrinaciones callejeras, solicitudes de indultos, todo esto se ha hecho en memoria del gran Cervantes, y mucho queda por hacer todavía en gracia á aquel ingenio peregrino que nos obsequió con el exquisito regalo del mejor libro del mundo.

No se qué vaga tristeza conturba mi espíritu cuando en medio de este clamoreo ensordecedor, de esta alegría borracha, de estos vitores continuos y recios y de este gastar dinero en conmemorar el nombre de Cervantes, evoco su figura altiva y triste, pobremente vestida, sentada tras una mesa vieja y desigual, de codos sobre ella, apoyando en las manos febriles la noble y pálida cabeza orlada de una cabellera gris, imitando las páginas inmortales de su obra á la luz mortecina que entra en el suelo y desventajado deaván por el ventano alto y enrejado, mientras el más gallardo, el más potente y el más maestro de todos los ingenios, hace alguna que otra pausa dolorosa en su ideal luminoso, acosado fieramente por la debilidad de sus miembros y el hambre de su estómago.

¿Cuánto de íntimo debió poner Cervantes en labios del andante caballero cuando éste se lamenta de la injusticia que reina en nuestro bajo mundo!

¿Cuántas veces las lágrimas del autor se mezclarían con las risas del batallador loco, y cayendo sobre ellas como pedazos de ensueños rotos borrarían la tinta de aquellas páginas gloriosas.

La misma humanidad que en vida condenó á Cervantes á forzoso ayuno y posterogación injusta, lleva á su tumba hoy, hechas con hores de riqueza, más que de piadoso recuerdo, coronas al poeta.

Y creemos lograr el perdón para la cruel-

dad de nuestros torpes abuelos, haciendo surgir á nuestros ojos, entre aplausos delirantes, la erguida y larga figura de Don Quijote, armado de todas las armas, imitando un mundo nuevo todo amor y justicia, aprestándose en su gentil locura á las más bizarras empresas de redención, jinete en el alfilado y mustio Rocinante, seguidor del venturoso y pacífico Sancho, que, sobre el rucio, va mustiando sus razonamientos y acariciando simientito la juseña deseada...

Es posible que si algo de esto ve Cervantes y recuerda su crueles vigilias; apartase su mirar de nosotros y nos vuelva gallardamente la espalda haciendo un supremo encogimiento de hombros.

Yo creo que estas pequeñas vanidades de nuestra vida no tienen el menor resplandor para los seres que fuera de ella viven; que si algo de esto se ve, apreciará con criterio mucho más alto é independiente del que usamos por acá, y que, por lo tanto, al escritor debe festejarse en vida si quiere satisfacerle su natural orgullo y no esperar á que en el crisol del sepulcro brille su fama.

Algo diría á los lectores de este importante diario sobre las fiestas de San Isidro, el tiempo, los teatros, los libros nuevos, las oscilaciones de la opinión pública, un poco de política y algunas cosas más, pero veo que me he excedido—en el tiempo que se entiende—hablando de Cervantes, y corto aquí mi croniquilla, quedando hasta mi próxima.

De usted afmo. atto. s. s. q. b. s. m.

Garol-Fernández.

El contrato del trabajo

El Instituto de Reformas Sociales ha aprobado en su última sesión el proyecto de ley regulando el contrato del trabajo, que consta de 36 artículos y que constituye una verdadera legislación social en consonancia con las legítimas aspiraciones de la clase obrera.

Dada la extensión de este trabajo, nos vamos completamente imposibilitados de insertarlo íntegro, debiendo concretarnos á hacer un extracto del mismo, llamando la atención sobre sus puntos más salientes.

Comienza el articulado exponiendo el objeto del contrato, y cuáles trabajos quedan excluidos, por su carácter ó por su naturaleza, de las disposiciones de esta ley. Señala

—¡Por reír!... Luego confesas que no has ido á Poly, como yo te había mandado, y que has hecho una falsa confidencia?

—Ya digo que ha sido una broma, y la prueba es que solo han disparado con sal al Normandote.

Todos los de la banda se quedaron asombrados ante tal respuesta.

No tuvo que hacer muchas averiguaciones Santiago de Pithiviers para descubrir el paradero de su indócil alumno.

El pobre niño, encantado de la excelente broma que creía haber dado á sus verdugos, estaba á pocos pasos de allí, escondido entre los matorrales y riendo á todo reír de las continuadas burlas que se dirigían al Normandote.

Solo cuando sintió sobre el hombro la pesada mano del preceptor, empezó á temer, las consecuencias de su travesura; sin embargo, no profirió una palabra y se dejó conducir sin resistencia ante el Meg, como quien estaba habituado á las correcciones y endurecido á los golpes.

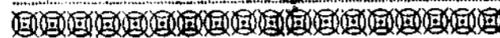
El Guapo Francisco clavó en él una mirada centelleante.

—Me has desobedecido,—dijo,—has mentido y has sido causa de que pudiera haber sucedido una desgracia.

¿Lo confiesas?

El niño temblaba, pero sin embargo, trató de cohibirle de desvergonzado.

—¡Bah! ha sido por reír—contestó.



Hasta el facultativo, con sus instrumentos en la mano, parecía participar de la general hilaridad que causó el Normandote.

¿Qué significa eso?—preguntó adelantándose el Guapo Francisco.

—Esto significa, Meg,—dijo Bautista el Cirujano